

Guía implacable

Javier Sicilia

—Eres un hijo de la chingada—, me dijo Vicente en una de nuestras tantas sobremesas, con su deliciosa manera de pronunciar esa majadería y de bromear.

—¿Por qué? —le pregunté.

Porque el día en que por vez primera hablamos sobre Dios, te portaste no sólo muy mal conmigo, sino que además te saliste sin concluir la conversación. Recordaba el incidente, pero no mi comportamiento que había relegado en las cosas vergonzosas del inconsciente y que, después de tantos años, el reclamo de Leñero devolvía a la conciencia: era finales de los setenta, Graciela Carminatti, con quien entonces editaba *Los Universitarios*, me había propuesto hacer un número sobre Teología de la Liberación y me pedía que entrevistara a Vicente. Se concertó la cita en la oficina del poeta Marco Antonio Campos. Yo venía de una larga experiencia con los jesuitas en los cinturones de miseria del Distrito Federal y, harto del sociologismo de cierta teología de la liberación, inmerso en el misticismo cristiano y su diálogo con las tradiciones orientales, tenía serios y, en ese momento, prejuiciosos reparos contra esa gran teología que nació del dolor de nuestro continente. Con la soberbia de los veintitantos años, haciendo alarde de un pésimo periodismo, encaré a Leñero, cuestioné su *Evangelio de Lucas Gavilán* y, sin dejarlo casi hablar, lo dejé con Graciela que, avergonzada, hizo lo que yo debí haber hecho.

Mientras escribo estas líneas, me veo de cara al pasado y siento una gran vergüenza y la dolorosa sed del perdón. No había entendido nada. Leñero, en cambio, había entendido todo. Lejos de mandarme a la chingada y concluir no sólo con la entrevista sino con cualquier afecto hacia mí, me dio una lección de humildad cristiana y del don de la gracia, de lo que llega a nosotros a través de

otro por pura gratuidad: llevó con Graciela a buen término la entrevista; me invitó, años después, con motivo de la aparición de mi novela *El Bautista*, a cenar a su casa en compañía de su esposa Estela Franco, Ignacio Solares, Paco Prieto, José Ramón Enríquez, Myrna Ortega y Alicia Molina; me trató como a un amigo y me hizo parte de los que ama.

Si recuerdo la anécdota es porque ella nos revela a Leñero el escritor mexicano que mejor encarna el difícil precepto de no juzgar.

El cristiano Leñero tiene esa doble virtud que uno espera encontrar en quien profesa esa fe: en el orden del amor, la apertura, hasta el perdón, hacia todo lo que vive —de ahí su rechazo a la idea del infierno—; en el orden de la vida, la negativa a concretizar su pensamiento en juicios —de ahí el periodista y el novelista como testigos de la vida; de ahí también el escritor que siempre está experimentando con las técnicas narrativas. Para Leñero, el cristiano es un testigo; alguien que muestra, que da testimonio mediante la palabra. ¿Y qué ve el cristiano? La verdad, pero no una verdad que puede reducirse a conceptos, que la destruyen —todo lo que puedas decir de la verdad (diría Leñero parafraseando a los místicos) no es la verdad—, sino la verdad que sólo puede llegar a nosotros mostrándose, revelándose, asombrándonos. Para Vicente, la verdad es la Palabra y esa Palabra sólo llega a nosotros como un acontecimiento dichoso cuyos significados —como las raíces de una flor magnífica— se hunden en un lago insondable que, imposibles de asir en todas sus veientes, siempre nos cuestionan, nos asombran y, como en el Evangelio, no dejan adormecer nuestra conciencia. Quizás ahí radica el poder de su literatura que, en sus rostros negativos o positivos, nos permiten

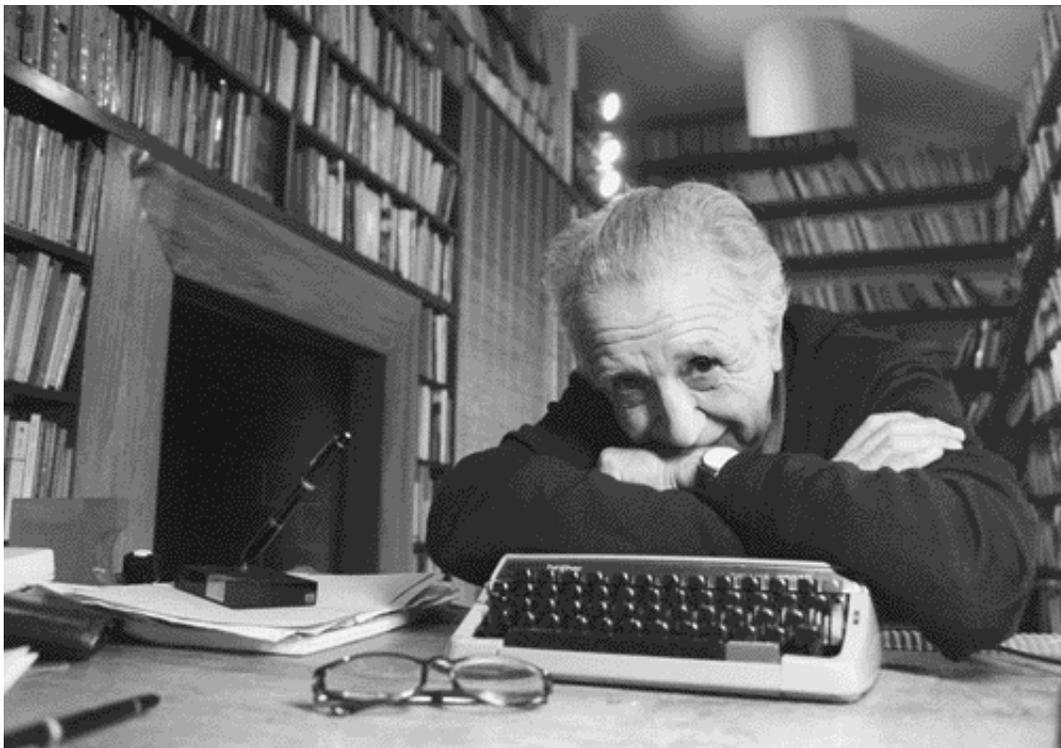
Mientras escribo estas líneas, me veo de cara al pasado y siento una gran vergüenza y la dolorosa sed del perdón. No había entendido nada.

mirar la gracia; quizá también ahí radica la fascinación de su personalidad siempre abierta, siempre cuestionante y en perpetuo movimiento. A sus setenta y cinco años, Vicente no deja de asombrar. Nada hay en él de anquilosamiento, de terquedad, de suficiencia. Su pensamiento siempre sorprende por la manera en que hace que la verdad se dinamice y encuentre nuevas expresiones en el tiempo. Cuando converso con él, cada una de sus palabras —a veces de una profunda radicalidad, que confirma su estar con la verdad en un tiempo difícil— me pone en movimiento, me alerta, impide que me adormezca y me obliga a cuestionar mis certezas, a pasarla por la dura criba no de una demostración sino de una nueva manera de mirar y develar la verdad. Con ellas me mido y repentinamente, cuando estoy a punto de estallar, un borbotón de luz surge y me encuentro sonriendo. Cuando sonrío es señal de que entendí, no con la razón, sino con la luz gozosa del espíritu.

No siempre estoy de acuerdo con Leñero, pero siempre lo releo, siempre quiero verlo, siempre deseo que

llegue el día en que nos juntamos para compartir el pan y hablar de Dios, siempre lo llevo en el corazón como un guía implacable que me muestra nuevos paisajes de la verdad en medio de la noche, que me instiga para no adormecerme, para estar siempre alerta y recordarme que somos testigos de la verdad por la palabra, y que esa verdad no es un ruido en la escritura o en la boca, no un juicio, no una certeza intelectual, no una demostración, sino un acontecimiento dichoso que, como alguna vez hizo conmigo después de ofenderlo, siempre llega a nosotros a través de otro para sorprendernos y mostrarnos la maravillosa gratuidad del amor.

Además opino que hay que respetar los Acuerdos de San Andrés, liberar a todos los zapatistas presos, derribar el Costco-CM del Casino de la Selva, esclarecer los crímenes de las asesinadas de Juárez, sacar a la Minera San Xavier del Cerro de San Pedro, liberar a los presos de Atenco y de la APPO, y hacer que Ulises Ruiz salga de Oaxaca. **U**



Leñero en su estudio, 2001